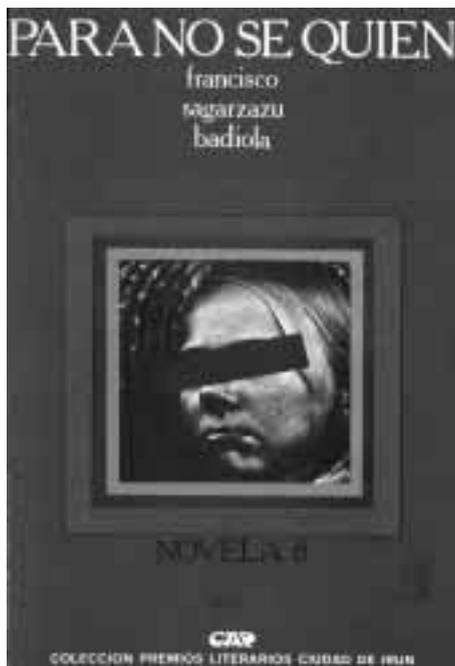


Paco Sagarzazu

AQUELLOS DIAS



Maquillamos nuestra infancia como se maquilla un cadáver, de modo que cuando pase el tiempo y reciba nuestro ánimo el impacto de la amargura, aparezca ese cadáver de la infancia con un buen tono sonro-

sado que quizá nunca tuvo, que nos permita pensar que alguna vez, hace mucho tiempo, fuimos de verdad felices.

Yo escribí una novela con el único propósito de exorcizar mi inocencia y reafirmar mi adultez, incluso mi vejez cuando llegara. Pero qué va: todavía recurro a esa infancia inventada cuando vivir se me convierte en complicada cosa.

Lo que sigue es una imagen de los años 50/51, cuando Herrera y Alza, sitios queridos, eran de otra manera. O me imagino yo que era todo distinto y no lo era, y es todo ahora mismo como tiene que ser, a pesar de mí.

DE RECLAMO

Era domingo.

No había amanecido aún, pero estaba despierto, cuando oí el silbido de Canano que me llamaba desde la huerta.

Me levanté en seguida sin hacer ruido, procurando no menear la cama para no despertar a mi hermano, pero se despertó.

¡Era un fastidio porque siempre estaba atento a lo que yo pudiera hacer!

Me preguntó adónde iba y contesté que iba de reclamo.

-¿Sabe la ama? -preguntó aún.

Dije algo ininteligible (me fastidiaba darle explicaciones), cogí el pantalón, la camisa y las albarcas de goma, abrí la puerta y caminé descalzo por el pasillo, siempre con los dedos de los pies estirados hacia arriba, y una vez en la cocina asomé la cabeza por la ventana que daba a la huerta.

-¡Voy! -susurré.

Canano movió la cabeza para indicarme que esperaría.

Cerré la ventana, sorbí un poco de café con leche que había en una cazuelita sobre la repisa del armario -¡la leche está en el «apal»!, solía decir mi madre- y me vestí despacio, quitándome poco a poco la pereza.

Entré en el retrete y saludé a Yamuel. En un intento de abrazarme me empujó contra la puerta, que se cerró de golpe.

Nos quedamos un instante en silencio. No pasó nada. El suelo estaba seco pero el nerviosismo constante de Yamuel indicaba una urgente necesidad: movía el rabo y no paraba de andar de un lado a otro, lamiéndome las manos y los pies por encima de las albarcas y llorando un poco. Noté que me suplicaba que lo llevase conmigo, y de pronto sentí pena por él y por mí, porque intuí, no sé de qué manera, que aquella etapa de mi vida se estaba extinguiendo y que Yamuel no contaría en los nuevos días que yo adivinaba.

Le agarré de la correa y salimos a la calle. Ya en la cuesta de piedras fue imposible sujetarlo y se puso a correr de arriba abajo como un loco.

-¿No lloverá? -pregunté a Canano.

El cielo estaba húmedo. La noche inmóvil, como muerta.

-¡Qué va! -dijo él.

Íbamos hacia arriba por la cuesta de piedras, y Yamuel, que se había tranquilizado al vernos caminar, nos seguía dócilmente sin dejar de moverse entre nuestras piernas.

-En un cuarto de hora estamos arriba -comentó Canano.

Desde la cantera, que íbamos bordeando, nos llegaba de cuando en cuando un ladrido aburrido y fiel. A Yamuel se le erizaban las orejas, se encaramaba sobre el pretil de la cuesta y seguía andando un poco sobre ella, buscando en el vacío silencioso que se abría como un cielo más.

-¡Míralo! -susurró Canano.

(Era tanto el silencio, que hablábamos en voz baja.)

-A ver.

-¿No lo ves?

No lo veía.

Acercó la jaula a un poste de luz: el jilguero de Canano, de pico puntiagudo, muy largo, nos miró con impertinencia y luego se puso a enredar con su pico en el recipiente de la comida.

-¡Verás cómo canta luego! ¡Es macho!

Seguimos hacia arriba.

Todo estaba oscuro y caminábamos despacio cuidando de no tropezar con algún saliente de la cuesta que se iba empinando.

Diez minutos después pasábamos al lado de «Villa Custodio», siempre cerrada y silenciosa, y que para mi, no sé por qué razón, debía esconder algún misterio.

-¿Sabes quién vive ahí? -me detuve un momento.

-No. ¿Por qué?

-Pues por nada.

-Pues venga, vamos.

(Yamuel nos observaba expectante.)

Al final de la cuesta de piedras nos esperaba Josu. Al vernos echó a correr hacia nosotros.

-¿Qué pasa? -se sorprendió Canano al ver su apresuramiento.

-¡Vamos a dejar lo del reclamo!

Josu estaba nervioso. Canano protestó con una palabrota, sintiéndose mayor y sin testigos.

-Bueno -dijo Josu-... si queréis.

-Pero, ¿por qué? ¡Si este jilguero es muy bueno! -repuso Canano-. ¡Es macho! ¡Verás cómo canta, joder!

-Bien, pero iremos por ahí, por el atajo del cementerio. ¿Vale?

Canano y yo nos miramos un poco.

-¿Al cementerio? -pregunté.

-¡Ya veréis! ¡Vamos a ver una cosa...!

-¿Qué cosa?

-Pues lo que hacen las parejas en el monte. -¿Quién? -La hija de la amoña Kurrukas. Ha pasado por aquí. -¿Cuándo? -Ahora mismo. Iba con un hombre. -¿Con quién? -No sé. Con un viejo -Josu sonreía astutamente-. Iban hacia arriba, al cementerio. -¿Y qué?

-¡Pues que van a hacer eso! ¿No queréis ver?

-¡Yo sí! ¿Y tú?

-Sí -dije yo.

-¡Jodé, pues eso! -rió Josu satisfecho-. Vamos arriba, dejamos puesto el reclamo y luego les buscamos.

-¡Vale!

-¡Y les tiramos piedras!

-¿Y si nos cazan?

-Si les tiramos cuando lo están haciendo -explicó Josu- no pueden correr.

-¡Tú qué sabes!

-¡Sí sé!

-¡Pues venga!

-¡Vamos!

Poco más arriba de la ermita de Santa Bárbara tomamos un atajo entre manzanos y enramadas que iba a desembocar en la plaza del pueblo.

Josu corría con los palitos cubiertos de liga, tenía muy brillante la mirada. Elegimos el sitio en un rincón del mismo atajo bajo un zarzal cheposo que se estiraba hasta el otro extremo del camino en un abrazo fuerte, casi con rabia.

En un momento habíamos perdido la ilusión por el reclamo y, como en un cambio de suertes, nos sentíamos atraídos por los sinuosos alrededores del cementerio sin cipreses. Josu nos explicó que aquellos lugares tenían casi siempre, y sobre todo los fines de semana, alguna pareja escondida de la vigilancia constante localizada entre los visillos blancos de las ventanas, donde a veces se podía vislumbrar las sombras fugaces de las viejas que, ¡chas!, desaparecían como chispas al encontrarse con una mirada.

Colocamos los palitos enviscados, tiesos sobre la jaula del jilguero, que nos miraba siempre con cierta impertinencia, y disimulamos la trampa con unas ramas. Atamos a Yamuel a un manzano y corrimos con sigilo hacia el cementerio atravesando la plaza desierta en la que sólo se oía el murmullo de la vieja fuente casi cubierta por las enredaderas que crecían a sus anchas.

Dimos un rodeo por las huertas más próximas al cementerio y después decidimos separarnos y buscar cada uno por su lado.

-El que los encuentre -susurró Canano- pues que dé un silbido, ¿no?

Y nosotros que sí.

En seguida me encontré solo en la parte posterior del cementerio y al pie de la tapia que lo circundaba por completo. Me incliné instintivamente y avancé entre los zarzales, casi sin respirar.

De nuevo creí percibir una especie de tufillo de muerto que me quitaba las ganas de abrir la boca, pero procuré olvidarlo y seguí adelante sin saber realmente qué era lo que estaba buscando, pero tenía que ser algo secreto o cuando menos prohibido para nosotros, y ello bastaba para empujarme.

A medida que iba alejándome del lugar de los panteones, el monte ascendía paulatinamente y la tapia iba perdiendo altura al punto que al llegar hasta las tumbas donde decían que estaban enterrados los niños, tuve que echarme al suelo y avanzar arrastrándome muy despacio, procurando evitar los agujijones de las zarzas. Y me sentí feliz embarcado en aquella aventura que, de acuerdo con mi propia convicción, necesitaba de mucho valor y serenidad (hasta llegué a pensar, no sin cierta satisfacción, en la posibilidad de que Josu y Canano hubiesen abandonado ya, dejándome completamente solo).

Me detuve un poco y agucé el oído: si Josu y Canano no se habían marchado, que a pesar de todo era lo más probable, no podían andar muy lejos. De pronto llegó hasta mí algo parecido a un gemido o un grito ahogado de mujer. Cerré los ojos lleno de miedo en la certeza de que el sonido partía de muy cerca, y hasta tuve la impresión de que alguien me vigilaba desde el principio, siguiéndome con cautela paso a paso.

Volví a escuchar el mismo gemido y entonces me incorporé de un salto y eché a correr hacia arriba sin mirar a ninguna parte.

-¡Están aquí! -grité con todas mis fuerzas-. ¡Aquí!

Josu y Canano salieron de algún sitio, me detuve y los tres miramos hacia abajo.

Detrás de un montículo asomaba una mujer desgreñada, con los pechos desnudos, tan grandes, que le caían hacia abajo y hasta me daban miedo.

-¿Os pasa algo, tontos del culo? -nos gritó-. ¿Qué estáis mirando, idiotas?

Iba a echar a correr cuando oí la voz de Josu:

-¡A ti, marrana! -había cogido una piedra del suelo.

Canano no paraba de reírse, «¡se le ven las tetas!», decía, y los tres reculábamos monte arriba, muy despacio para no aparentar miedo.

Cerca de la mujer apareció un viejo moviendo sus manos enormes en señal de amenaza.

-¡Fuera de aquí! -chilló con una voz muy fina, como de mujer.

-¡No queremos! -contestó Canano.

Entonces ella se metió la camisa y echó a correr hacia nosotros, ágilmente, al tiempo que cogía piedras con ambas manos.

-¡Déjales! -le gritó el viejo subiendo y resbalando torpemente por el montículo.
¡Que vayan aprendiendo! -rió.

-¡Os vamos a moler a palos, cabritos, sinvergüenzas!

Al verla correr hacia nosotros, Josu soltó la piedra y escapó de golpe seguido de Canano. Yo, que había corrido antes, me metí en una fronda, aunque sin rumbo fijo, pues no conocía bien aquel terreno (me había contado mi madre que cuando en la guerra se oía el ruido de los aviones había que echarse al suelo con un palito en la boca para que no estallasen los oídos en caso de bomba).

Me eché al suelo sin palito y me quedé más quieto que un muerto. Desde mi escondite oí algunos chillidos y risas que se alejaron en seguida. Luego, nada, todo quedó en silencio y sólo pude escuchar mi propia respiración que se agitaba. Pensé que el peligro había pasado ya. «Entonces nos levantábamos del suelo y reemprendíamos el camino hacia la fábrica donde hacíamos bombas antiaéreas».

Me levanté y ella estaba frente a mí mirándome con una sonrisa extraña y cortándome el camino. Sujetaba el pantalón del viejo con una mano y con la otra una piedra. Adiviné que estaba allí hacía un rato, observándome en silencio.

-Y ahora, ¿qué? -dijo apartándose el pelo de la cara.

Me quedé mirándola con la boca abierta. Era guapa. Apoyaba las manos en los costados, sonreía mucho y vi que tenía unos dientes bonitos. No me dio miedo porque aunque dijo y ahora qué, noté que no estaba enfadada, sino divertida y alegre. Si hubiese sido fea me habría asustado, pero era guapa. Me acarició el pelo y luego la nariz y la boca, despacio. Después se rió un poco y me dijo que fuera con ella. Pero apareció el viejo que tenía unas piernas flacas llenas de pelos largos, como el demonio, y le pidió el pantalón.

-¡Dámelo! -gritó con mucha rabia.

Ella le echó el pantalón a la cara.

-Se acabó -dijo.

-Tú te llevas lo tuyo, ¿no? -respondió el viejo.

-¡Y qué mierdas vas a hacer! ¿Quieres que se entere todo el pueblo, imbécil?

El viejo se fue ligero hacia abajo refunfuñando palabrotas.

La mujer me cogió de la mano y fuimos ascendiendo pegados a la tapia del cementerio. Me sentí a gusto con ella.

Llegamos a la plaza del pueblo y ya no me acordaba de Josu y Canano. Ella sacó dinero del bolsillo y me mandó al bar a comprar una botella de vino. «Dile a la vieja, me dijo, que te dé del bueno, no de barrica», y yo dije sí y fui al bar y la vieja apareció como sonámbula por una escalera que daba al piso de arriba. Tenía una bata de flores por la que asomaba la combinación y bostezaba a cada momento.

Cuando volví a la plaza, la mujer estaba medio escondida en el atrio de la iglesia de San Marcial.

Se acercó apresuradamente, cogió la botella y después de cruzar la carretera se fue por un sendero que se perdía entre árboles y caseríos.

Corrí hacia ella y se volvió.

-¿Qué quieres ahora? -preguntó.

No supe qué decir.

-¡Casi me gibas el asunto y ahora quieres propina!

Me miró un instante.

-¿O quieres otra cosa? -sonrió.

Cogió mis manos y guiñó un ojo con mucho estilo.

-Mira, cuando te tapen esas pantorrillas vienes a verme. ¿Vale?

Dije que sí.

Y se marchó.

Cuando se lo conté a ellos no dijeron nada. Estaban un poco asombrados. Canano me agarró de los hombros y así bajamos al barrio.

No sé por qué me sentía mayor.

**(Fragmento de mi novela "PARA NO SE QUIEN",
premio "Ciudad de Irún" 1.977)**